

A manos de mi amanuense, amor mío, te hablo ahora desde nuestro lecho de Cástulo mientras escribe por mí, pues mis manos están tan débiles que no podrían soportar el peso de la pluma. He sabido del sueño de Escipión el Africano sobre tu derrota, tu final, revelado al parecer en profecía por su sibila y que con gran angustia se entremezcla entre mis fiebres. Estoy asustada, amor mío. La peste ha llegado a Oretania y sin piedad avanza, como tú cruzando los Alpes en aquel último gran atardecer con la fuerza de treinta mil hombres a lomos de elefantes, sin piedad y sin mirar atrás. Esa misma fuerza emplea ahora la peste para liquidar nuestro reino, y tu hijo Aspar y yo hemos sucumbido también al veneno negro de la arena. Los reinos caen, amor mío. Los reinos. Nosotros lo haremos también, lo he visto. Lo sé.

La misma tierra que nos unió decide traicionarnos, los oretanos abandonaron la alianza, los míos son ahora alimento para el hambre del romano y sus cuerpos al igual que sus olivares no les pertenecen a otros más que a nuestros enemigos. Siguen con vida pero están muertos para mí, son idénticos a los defensores suicidas de Sagunto tras tu victoria. Mi tierra ahora y siempre serás tú y contigo. Mi reino y mi gloria. En esta vida o en la siguiente, siempre será.

Pienso ahora entre temblores en la memoria de mi piel cubierta por pan de oro, escamada como los peces pelágicos de las aguas libres que reflectan el sol cuando tímidamente suben, cual narcisos, a contemplarse en el espejo endeble de la superficie. Pienso en mí ornamentada de esplendor y acariciada por las sedas traídas de más allá del gran muro de las montañas núblicas, cómo esperaban impacientes mis sienes el gran peso de tu plegaria, aguardando yo a ser coronada reina íbera a tu lado, entregada por mi padre, el rey Mucro de Cástulo. Yo sería la paz de la alianza, me aseguraron. Pues era mi hado, amor mío. Lo era. Y moriré sin volver a ver tu rostro, sin sentir tu sangre y la mía cercanas. Lo único que queda de mí es un cuerpo frágil desvaneciéndose entre hemorragias y el dolor punzante en mi carne como al caer sobre la maraña de espinos. Hay tristeza en mis entrañas y al mismo tiempo aflora el gozo por mi parte de que no puedas verme irme de esta manera, ansío me recuerdes como la gran bella Himilce, la protegida de Melkart y el fuego sagrado de las ciudades. Confío en que puedas perdonarte también por alejarte tanto de mí. De Aspar. Yo ya lo hice hace mucho tiempo; comprendí que no se puede ir en

contra del destino si ese hombre que lo camina es el gran Anibal Barca, el que redibujó la tierra, y eso es algo mucho mayor que tú mismo, amor mío, que nosotros.

Por Ataecina mandé construir un santuario en el jardín dorado de los cipreses en el que se me recordará junto a Aspar, donde pronto podrás ser honrado tú también. Bella Ataicina en mármol sobre la superficie ambarina de arcilla de donde crecerán clemátides y trompetas. Y las mujeres y los hombres que nos están siguiendo ciegamente en tu destino de Anibal Barca, nos venerarán con las más dulces de las ofrendas. Ostentosa será nuestra oblación como ineludible fue mi dádiva o gloriosas tus victorias.

Pero en este instante, cuando solo queda de mí la voz y el perfume de la despedida, con el velo fino de la piel donde se dibujan oscurecidas mis arterias cual raíces saliendo de un riachuelo, tengo miedo, mi amor, de verdad lo tengo. Aunque Vestio nos guíe más allá de todos los bosques del mundo conocido, tras el final de los mapas, hasta llegar al vacío donde existen seres que jamás podremos imaginar, justo en el terminar de este absoluto, me siento tan cansada de esperar. Pues creo estar ya lista.

Solo ansío llegar a ese lugar donde pueda volver a encontrarte.

Solo ansío llegar a ti.